

Yo os pido la gracia y tomo la resolución de dedicarme muy seriamente al gran deber de honrar vuestra presencia por la visita y la adoración; de prepararme á esta audiencia; de no quitar de ella sin absoluta necesidad un solo minuto; de estimar este tiempo en su justo valor; de emplearlo con la fidelidad y el piadoso apresuramiento del amor y de la gratitud.

¡Oh Jesús, quedaos!

¡Vos siempre aquí abajo en vuestro Sacramento!

¡Vos siempre en el cielo en vuestra gloria!



LA UNIVERSALIDAD
DE LA EUCARISTÍA.

¡Para todos!

I.—ADORACIÓN.

«¡Tomad y comed todos de él!»
«¡Bebed todos de él!»

ADORAD á Nuestro Señor en el don universal que hace de su Eucaristía, y oid en la alegría, el amor, la admiración y en el silencio de la más profunda adoración, esta palabra liberal, generosa, magnífica, real y verdaderamente divina de Jesús: ¡Tomad y comed todos de él!—*Omnes*, todos! ¡Todos hoy! ¡Todos mañana! y hasta el fin de los siglos; ¡todos!

Adorad la ciencia infinita de Jesús, su pers-

picacia toda divina: Él abraza con su mirada de Padre á todos aquellos de todos los tiempos y de todas las naciones que, hasta el fin, nacerán de su sangre y entrarán en su familia; y les prepara el único pan que podrá alimentar su vida sobrenatural y satisfacer sus apetitos divinos.

Adorad la omnipotencia de Jesús que va á depositar en el sacerdocio de sus Apóstoles y de sus sucesores el poder de reproducir su grande acción, y de multiplicar sin fin el Sacramento de su cuerpo multiplicado más allá de toda medida. Adorad los ardores, la exuberancia de su amor que le arrastra verdaderamente fuera de todos los límites de lo posible y de lo creíble, y hace brotar de su corazón y de sus manos, para no cesar jamás de correr, las olas de su Eucaristía con que quiere cubrir al mundo y envolver á las almas.

Adorad; admirad, alabad, bendecid; callaos; ¡amad! ¡amad!

Después, ved con qué generosa fidelidad, en qué magnífica plenitud, realiza bajo vuestros ojos el don de la Eucaristía.

Él la da á todos: ¡tantos cuantos son, en tantos se convierte! Por numerosos que sean, hay siempre más Hostias que cristianos. Si

éstos son cien ó mil, los copones se llenan, y cuando todos los convidados han sido saciados con este pan de la verdadera vida, queda todavía para los que tardan, para los enfermos, para las necesidades imprevistas; y la Iglesia, cual madre vigilante, tiene siempre en los graneros de sus Tabernáculos inagotables provisiones de trigo para los pueblos á quienes debe alimentar.

¡Qué potencial! ¡qué bondad, para multiplicar á tal grado la gloria más preciosa, la maravilla más completa, la más bella obra maestra de las manos divinas, que vale todo el cielo y que es el mismo Dios!

Hay en nuestra patria más de veinte mil iglesias; en cada una un copón; poned en cada copón veinte Hostias; añadid á estas iglesias todas las de las otras partes del mundo católico; contad, si podéis, el número de estas Hostias adorables, puestas al alcance de los cristianos por el amor y el poder de un corazón devorado por la necesidad de darse para hacerse amar. ¡Oh Jesús! ¡oh Jesús! ¿Habréis puesto más estrellas en el cielo que Hostias en nuestras iglesias? ¿Hay más hojas en nuestros espesos bosques, y más granos de arena sobre las playas del Océano?

Ha dicho de Vos el Profeta inspirado: «Abris la mano y llenáis á vuestros hijos de este pan consagrado, de este pan de bendición»; y, una vez abierta, vuestra mano no se cierra ya; ella es una fuente profunda, un mar sin límites, un océano sin playas, el océano de la Eucaristía.

Dándose á todos, Jesús se da plenamente á cada uno, y el don del uno no disminuye la plenitud del don hecho al otro. Este es el triunfo de su bondad.

Así como el sol, repartiendo por todas partes una misma luz y un mismo calor, produce á un mismo tiempo mil diversos efectos, animando aquí la vida de los seres sensibles, haciendo crecer allí los vegetales, fecundizando la tierra y secando las aguas malsanas, haciendo florecer el suelo y madurar el verjel, dando á cada fruta su sabor, á cada flor su brillo y su perfume, así la bondad de Jesús en el don universal de su Eucaristía.

La Mesa santa se rodea de cristianos de todas edades, de todas condiciones, que tienen cada uno diversas y particulares necesidades. La misma hostia dada á todos corresponde á los deseos, á las necesidades especiales de cada uno; y ella es quien, como el sol de las almas,

fecundiza y madura todos los frutos; es ella quien hace abrirse y colora todas las flores del jardín de la Iglesia: al joven cristiano de nobles ardores; á la Virgen émula de los ángeles; al hombre fiel á Dios en la labor de la vida; á la mujer cristiana, madre de las almas, aun más que de los cuerpos; á la vejez resignada y llena de esperanza. Es ella quien da al sacerdote su autoridad, al religioso la fuerza de la mortificación voluntaria, al misionero el heroísmo de la abnegación sublime. Y así como ella se da con una liberalidad real y una generosidad inagotable, así obra infatigablemente, tan perseverante como generosa, amando, en una palabra, «amando hasta el fin» y hasta los extremos límites de un amor que parece no deber conocerlos.

¡Oh amor! ¡oh tesoro! ¡oh prueba del amor! Jesús dado, Jesús que dais así el Sacramento que os contiene todo entero, yo os amo: ¡ah! ¡haced que yo muera en este momento si he de vivir sin amaros!

II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

«¡Tomad y comed todos! *Omnes!*»

En este don universal y magnífico, mirad cuán abundante parte tenéis para vosotros personalmente, á fin de crear en vuestro corazón un foco poderoso de reconocimiento.

Cuatro mil años tuvieron que transcurrir para preparar el primer don de Dios al mundo; y he ahí que este don se renueva cada día para vosotros en la comunión, sin aparato, sin pompa y casi sin ser anunciado: sin embargo ¿no es el mismo Verbo quien viene con tanto poder y amor? Pues bien, contad cuántas veces ha hecho Jesús para vosotros esta encarnación de amor de la comunión!

Fijaos primero en el día de vuestra primera comunión: ¿no os acordáis de la dulzura de ese primer don, de sus larguezas, de su real munificencia, de su tierno amor?

Después, contad las comuniones de vuestra juventud y las que ahora hacéis quizás todos los días. Todos los días Jesús renueva para vosotros, sólo para vosotros, el don supremo preparado para los deseos de todos los Patriarcas y la pureza y la humildad de María; más

que esto, preparado y hecho por primera vez en la Cena por el amor del Verbo encarnado, y venido hasta vosotros al precio de su pasión y de su muerte.

¡Ah! gracias, gratitud, amor para el don inexplicable de Jesús!

¡Y ved con qué perseverancia se da siempre á vosotros! Siempre tan pronto, tan solícito; siempre tan bueno, siempre espontáneo, siempre gozoso: recordad los años que hace que le estáis recibiendo; muchas veces le habéis recibido con un corazón tibio, ya ocupado por los afectos terrestres ó por otros amores, y quizás con un corazón culpable; vosotros le habéis desdenado desde hace mucho tiempo, olvidándoos de su amor, haciéndoos sordos á sus solicitudes: á pesar de todo, ¿no vuelve á vosotros con un amor tan puro, tan ardiente y tan tierno como el primer día?

Ved las operaciones de gracia, los progresos magníficos, las fructificaciones innumerables que este don ha hecho en vosotros. En otro tiempo, como bálsamo refrescante y puro, moderaba los ardores de vuestras pasiones hirvientes; hoy os sostiene en vuestros trabajos y reanima vuestro valor debilitado; ya era para vosotros humildad, ya pureza; unas veces era

dulzura, otras firmeza y energía; en vuestros disgustos era consuelo, en vuestras pruebas esperanza, y alivio en vuestros abatimientos; en todo sufrimiento, en fin, en todo dolor, paciencia, resignación y abandono.

No hay nada bueno ni que desearse pueda que no hayáis encontrado en este pan de amor, si lo habéis buscado en él: de suerte que el mismo don, tantas veces repetido, se multiplicaba más á sí mismo y hasta el infinito, variándose y transformándose según vuestras necesidades de cada día.

Este es el momento oportuno de bendecir y de dar gracias en la efusión del reconocimiento al amor que os lo ha dado: acordaos con cuidado; no temáis deteneros sobre cada una de sus larguezas misericordiosas. ¡No olvidéis nada! ¡Todo á su precio! Aunque no hubieseis comulgado más que una vez, vuestro reconocimiento debería ser eterno. *¡Benedic anima mea Domino et noli oblivisci omnes retributiones ejus!*

III.—PROPICIACIÓN.

«¡Tomad y comed todos de él! *Omnes!*»

Dejad á vuestra alma abrirse á un amor de compasión hacia Jesús; porque su don no es comprendido. Su bondad parece haberle arrastrado demasiado lejos, y el deseo de probaros su amor á toda costa, haberle cegado sobre los intereses de su honor y de su propia gloria.

Dándose á todos con una prodigalidad tal, Nuestro Señor se expone á ser tratado como una cosa común y sin valor, á ser considerado como cosa de poca monta y despreciado; y aun por los mismos cristianos, por los que le reciben y le aman en una cierta medida.

El maná del desierto había excitado el asco de los israelitas precisamente á causa de su abundancia. Así la Eucaristía; es para nosotros un pan sin encanto, un alimento sin sabor, porque nos es ofrecido todos los días y le encontramos sin gran trabajo. El gran peligro de la comunión frecuente consiste en la comunión tibia, con las preparaciones de rutina y las acciones de gracia sin amor.

Examinaos sobre este punto y ved qué disposiciones lleváis á la comunión.

¿Qué tiempo, qué método empleáis para la preparación y la acción de gracias? ¿Cómo os portáis en ellas?

¡Ah! ¡Nuestro Señor debería contarnos entre aquellos hijos á quienes ha alimentado y elevado á un sublime honor, y que lo han despreciado!

El segundo peligro de deshonor que corre este don al ser prodigado por la bondad de Jesús, es caer en manos sacrílegas.

Oh divino Maestro, amor generoso y crédulo, ¿queréis daros á todos? ¿A todos sin excepción? ¿A todos sin examen anticipado y sin juicio público de autoridad?

¿Aun á los pecadores? ¿Aun á los traidores? ¿Aun á los hipócritas? ¿Aun á los Judas del colegio sacerdotal?

¡Sí; á todos y aun á Judas y á todos los que han de perpetuar su odiosa figura! Yo me daré sin resistencia, sin defensa posible, sin infligirles la menor vergüenza exterior; yo guardaré su honor; yo mismo serviré á darles un renombre de piedad: ¡á todos! ¡Yo quiero ser entregado á todos! Ellos comerán sin duda su condenación; valdría más para ellos no haber nacido que cometer tan negro sacrilegio: sin embargo, si vienen, yo me dejaré prender;

pues mejor prefiero ser maltratado por algunos, dejando á todos la facultad de venir libremente y mostrando así hasta dónde va mi amor, que poner barreras ante los sacrílegos, en que podría detenerse la timidez de los buenos.—¡A todos!

¡Oh maestro bondadosísimo! ¿Pensáis en las espantosas consecuencias de esta promesa á que os arrastra vuestro amor?

¿No veis esas multitudes de herejes y cismáticos?—¡A todos!

¿Y esos sacerdotes malos, usureros, impúdicos, rebeldes á sus obispos, que usurpan las santas funciones y suben al altar?—¡A todos!

¿Y en la Pascua, esas multitudes que tienen que guardar alguna cosa del cristianismo sin practicar sus austeros deberes, y que vienen á recibirlos sin renunciar á sus malas costumbres, sin abjurar de los odios antiguos, sin hacer las restituciones, después de las confesiones sin contrición como sin firme propósito, é imponiendo apenas una tregua de algunos días á sus faltas cotidianas?—¡A todos!

¿No tenéis horror, oh Jesús, de pasar por todas esas manos, de sufrir tratamientos tan indignos y de afrontar todas estas ignominias?

—¡Oh! sí; mi corazón está abrevado de amar-

gura: tal idea me hace estremecer; este cáliz no se puede beber sin arrojarme en una agonia mortal. Sin embargo, yo me daré á todos, á fin de que los buenos que son débiles y vacilantes en el bien se decidan á venir á mí sin temor; y los malos acaben por dejarse vencer por tanto amor!

Pero espero de mis amigos el consuelo, la reparación; que ocupen ante mí el lugar de mis enemigos y honren mi don, á quien ellos desprecian. ¡Al menos vosotros, vosotros que sois mis amigos, tened piedad de mí, y «recibid mi Eucaristía en memoria de mí.»

IV.—SÚPLICA.

«Tomad y comed todos de él: *Omnies!*»

Al daros así á todos, oh Jesús, testificáis con una evidencia innegable el deseo que tenéis de venir á vuestras criaturas, de vivir en ellas y de serles todo gracia, todo apoyo, todo socorro, todo bien. Esto es en vuestro Corazón una necesidad que vuestro amor hace más y más imperiosa, un hambre que se reenciende sin cesar. Vos queréis, con un deseo tan ardiente como vuestro mismo amor, comer esta Pascua

con nosotros. Y nos llamáis, nos solicitáis, nos hacéis buscar, suplicáis y aun amenazáis: ¡Tomad y comed todos de él!

Pues bien. Yo quiero responder á vuestro llamamiento, satisfacer vuestro hambre, suplicándoos por vuestros propios méritos, por vuestro Corazón y por todo el amor con que está abrazado para los hombres, que toquéis y ganéis á todos los que rehusan obstinadamente vuestro adorable don, y á los que yendo os consideraríais dichoso, para hacer su felicidad, para su salvación, para la paz de su corazón y el honor y el consuelo de su vida.

¡Jesús! ¡Don de Dios, manifestaos á los infieles y á los herejes, á las masas indiferentes ó incrédulas de nuestra patria; manifestaos, atraedlos, ponedlos de rodillas conquistados y subyugados alrededor de vuestra santa Mesa!

Haced que todos vengan, á lo menos en la Pascua, y que no encuentren la muerte de su alma, precisamente á la hora en que les ofrecéis el don de vida.

¡Oh Jesús! os pido por vuestra santidad, y por vuestra misericordia, que todos los que os reciban, lo hagan con fe, con piedad, con amor, con la conciencia purificada de todo pecado grave, con el corazón desprendido de todo

afecto culpable, con una sincera voluntad de permanecer fieles.

Tocad y convertid á los sacrílegos, que se preparan á traicionaros, ó alejadlos, por favor, por el terror de vuestras justicias, á fin de que no lleven sobre vuestra Persona tres veces santa sus manos impías.

Y en cuanto á mí, puesto que queréis daros tan frecuentemente, ser mi pan cotidiano y el sostén de mi labor de cada día; puesto que queréis penetrar en mi vida y haceros de ella una parte integrante, y ser su alma, su motor y elemento indispensable; puesto que queréis ser todo mío, participar de mis trabajos, llevar á medias todas mis cruces y gustar conmigo todas mis alegrías, pues bien, yo os lo prometo y os pido que al instante me deis la gracia de ser fiel á esta promesa; no faltaré jamás voluntariamente á una sola de las comuniones que Vos me permitís por la autoridad de vuestros ministros.

Yo me purificaré más y más del pecado; me desprenderé cada día más de las servidumbres del mundo, de los lazos de mi amor propio, y haré esfuerzos constantes hacia la vida sinceramente cristiana, para merecer recibiros dignamente cada día y aprovecharme de las

gracias contenidas en vuestro Sacramento.

¡Y Vos seréis todo, todo para mí!

Para evitar el pecado, yo os recibiré.

Para corregir mis defectos, yo os recibiré.

Para cumplir mis deberes de estado, yo os recibiré.

Para soportar mis penas, yo os recibiré.

Para ser caritativo y devoto, yo os recibiré.

Y mi oración de cada instante, la que quiero haceros con mi corazón y mis obras, aunque mis labios hayan enmudecido, es la vuestra, oh Jesús, la misma que me habéis enseñado y que encierra todo.

¡Dadme, sí, dadme mi pan de cada día! el pan de la vida, el pan de la fuerza, el pan del honor, el pan de la verdad, el pan del amor, el pan de la inmortalidad; dadme vuestro don, ahora y siempre mientras esté en este mundo, en la Eucaristía; cuando vuele al cielo, en la gloria.